

púsculo, en lo invisible, como los pájaros, como las rosas; se fascinan uno á otro en la sombra con sus corazones que ponen en sus ojos; murmuran, cuchichean y, mientras tanto, el grandioso movimiento de los astros se realiza en lo infinito.

## II

## EL ATURDIMIENTO DE LA FELICIDAD COMPLETA

Existían vagamente asombrados de su felicidad. No habían notado que el cólera diezmaba á París en aquel mes. Se habían hecho todas las confianzas posibles; pero no habían pasado más allá de sus nombres.

Mario había dicho á Cosette que era huérfano, que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los libreros, que su difunto padre era coronel y había sido un héroe, y que estaba reñido con su abuelo, que era rico. Le había indicado también que era barón; pero esto no había causado efecto alguno á Cosette. ¿Mario barón? No lo comprendía: no sabía lo que quería decir esta palabra; Mario era Mario.

Ella, por su parte, le había dicho que se había educado en el convento del pequeño Picpus, que su madre había muerto como la de él, que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, que era, á pesar de esto, un pobre y que se privaba de todo, no privándole á ella de nada.

Y cosa extraña en la especie de sinfonía en que Mario vivía desde que veía á Cosette; lo pasado, aún

lo más reciente, se había hecho para él tan confuso y lejano, que lo que Cosette le contaba le satisfacía plenamente. No pensó siquiera en hablarle de la aventura nocturna del caserón de los Thenardier, de la quemadura y de la extraña actitud y singular huída de su padre. Mario había olvidado al momento todo esto; no sabía por la noche ni lo que había hecho por la mañana, ni dónde había almorzado, ni quién le había hablado; tenía en el oído una música que le ensordecía para cualquier otro pensamiento: sólo existía en las horas en que veía á Cosette. Y entonces, como estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Ambos llevaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales. Así viven esos sonámbulos que se llaman enamorados.

¡Ah! ¿Quién no ha pasado por estas cosas? ¿Por qué llega una hora en que se sale de ese cielo? ¿Por qué continúa la vida después?

El amor casi reemplaza al pensamiento: es un completo olvido de todo lo demás. No pidáis, pues, lógica á la pasión. No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano, lo mismo que no hay ninguna figura geométrica perfecta en la mecánica celeste.

Para Cosette y Mario no existía nada más que Mario y Cosette. El universo en su derredor estaba como caído en un abismo. Vivían en un minuto de oro. No tenían nada delante ni detrás; Mario apenas pensaba en que Cosette tenía padre; en su cerebro había una cosa semejante á un deslumbramiento que todo lo borra. ¿De qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes; se lo decían todo, excepto todo. esto es, el todo de los enamorados, que es la nada. Pero el padre, las realidades, el chiribitil, los bandi-

dos, aquella aventura, ¿qué les importaba? ¿Estaban seguros de que había existido aquel sueño? Erados, se adoraban, no había más que esto: todo lo demás no existía. Es probable que este desvanecimiento del infierno, detrás de nosotros, sea inherente á la llegada al paraíso. ¿Acaso se han visto los demonios? ¿Los ha habido? ¿Se ha tenido miedo? ¿Se ha padecido? Ya no se sabe; todo esto lo cubre una nube rosada.

Así vivían, pues, aquellos dos seres, en una gran altura, con toda la inverosimilitud que puede haber en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el zenit, entre el hombre y el serafín; por cima del fango, y por debajo del éter, en la nube; apenas se descubría que eran de carne y hueso; eran alma y éxtasis desde los piés á la cabeza; demasiado sublimes para andar por la tierra; pero aún con bastante humanidad para desaparecer en el azul, en suspensión, como átomos que esperan el precipitado; en apariencia fuera del destino; ignorando la miseria de ayer, hoy y mañana; maravillados, pasmados, flotantes; aligerados por momentos para la desaparición en el infinito; casi dispuestos á dar el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel arrullo. ¡Oh letargo espléndido de lo real borrado por lo ideal!

Algunas veces, aunque Cosette era tan bella, cerraba los ojos delante de ella; porque cerrados los ojos es como mejor se ve el alma.

Mario y Cosette no se preguntaban á dónde irían á parar. Se miraban como en un encuentro. Es una pretensión del hombre el querer que el amor le lleve á alguna parte.